



Karina Neulinger

# El huerto familiar y su incomparable riqueza



Karina Neulinger



## Colorido y sabores tradicionales

Cuando uno va al mercado, las frutas locales de temporada siempre nos llaman la atención, tanto por la gran cantidad de vendedores que las expenden como por su colorido y sabor. En el sureste de México, durante algunas semanas al año es una tradición disfrutar un rico chicozapote, un jugoso caimito, plátanos manzano, guayas, guanábanas, o bien, adquirir unas hojitas de chaya o una pitahaya para hacer agua, tubérculos como el macal y la papa voladora para completar un puchero; también la naranja agria para la cebollita que acompaña a la cochinita pibil o el achiote con el que ésta se prepara. De igual modo, chirimoyas, yucas, camotes, zacate limón, así como una impresionante cantidad de plantas medicinales y para condimentos.

Lo curioso es que estos vegetales, a pesar de ser expandidos por toneladas durante su época de cosecha, no provienen de ninguna plantación comercial establecida, sino de los huertos familiares. Hay otros productos que también proceden de estos huertos en una importante proporción: la piña, los cítricos, las hortalizas, el mamey, el marañón, los zapotes de Santo Domingo, las muchas variedades de mango y plátano, las guayabas, los aguaca-

tes, las ciruelas, los jobos, las anonas y las papayas.

Asimismo, la mayoría de las gallinas "de rancho", los pavos o guajolotes, los patos, los conejos, las palomas y hasta los cerdos "criollos" que se consiguen en los mercados populares y en los tianguis, no vienen de granjas comerciales, sino otra vez, de los huertos familiares. Es más, hasta mucho del cedro que se trabaja en las madererías rurales proviene de ellos.

## ¿Qué son los huertos familiares?

Los huertos familiares son el sistema de producción campesino más importante junto con la milpa, pero al mismo tiempo, el más desconocido para la población urbana.<sup>1</sup> No existen suficientes estadísticas de su número ni de su variada producción, ni de su aporte a la economía rural y familiar. El tema tampoco se aborda en las materias universitarias relacionadas con agronomía, desarrollo rural, biología, antropología o economía.

Los científicos que han estudiado estos sistemas los han llamado en español *huertos familiares* y en inglés *kitchen garden* o *home garden*, mientras que la gente

<sup>1</sup>Para los interesados en el tema, contamos con el libro de reciente aparición: *El huerto familiar del sureste de México*, coordinado por Ramón Mariaca. Informes: libros@ecosur.mx, www.ecosur.mx/publicaciones

que los siembra, cuida y cosecha les llama *solares*, *traspacios*, *patios*, *tecorrales* en español, y de una gran forma en distintas lenguas, tales como *patna'* o *patchocona'* en tsotsil, *patna'* y *amak* en tseltal o *chumli'b* o *paty otoyoty* en chol, por mencionar algunos casos.

La mejor manera de apreciar lo que es un huerto familiar es cuando paseamos por un pueblo o nos acercamos a uno de ellos por la carretera y observamos la vegetación que rodea las casas. En el 95% de las viviendas rurales del trópico mexicano hay una arboleda alrededor, y estas arboledas son muy complejas, lo mismo que su función y su profundidad histórica. De entrada, los árboles, los arbustos y hierbas cultivadas, proporcionan a las familias un clima menos caluroso y un poco más húmedo que los terrenos donde no hay vegetación, además de que ofrecen la sensación de vivir en un lugar más agradable y representan un ingreso material y monetario.

## ¿Cómo se conforma un huerto familiar?

El cultivo de árboles frutales alrededor de la casa habitación en México proviene del periodo prehispánico. Hay evidencias desde el primer milenio anterior a nuestra era o incluso antes. Se cree que se debió al





MARCO A. GIRÓN

cultivo incidental de plantas asociadas con los primeros estadios de domesticación vegetal. En el sur de México se han encontrado evidencias tempranas en la región de Los Tuxtlas y del clásico maya en Cobá. Hacia finales del posclásico, previamente a la llegada de las huestes hispanas en el siglo XVI, las casas de los pueblos mayas tenían árboles cultivados a sus alrededores. Es probable que las milpas cedieran gran parte de su diversidad a los huertos familiares, cuando los campesinos fueron obligados a concentrarse en nuevos pueblos allá por 1550 y a vivir en solares de 50 x 50 metros.

Hoy en día, puede ser que cuando una pareja se casa, las autoridades del pueblo le otorgan un terreno en las afueras, o bien, sus padres les permiten vivir

en algún terreno de su propiedad o dentro de su propio huerto. En los dos primeros casos, mientras el nuevo esposo siembra milpa y junto con ella, arbolitos que en poco tiempo comenzarán a notarse en el solar, la esposa siembra plantas "de cocina", medicinales y ornamentales, de tal manera que en pocos meses habrá plantas condimenticias, botiquín familiar, jardín, una milpa con diversas especies anuales y algunos arbolitos. La nueva familia también comenzará a criar animales para tener algo de carne y huevo para comer, dinero al venderlos o para sortear una emergencia.

En unos cuatro o cinco años, junto con los primeros hijos, el huerto se irá ampliando hasta ocupar todo el terreno, y su altura también se incrementará hasta te-

ner árboles de 10-15 metros de altura al cabo de unos 20 años. Al paso del tiempo, si no hay hijos que se queden a vivir con los padres ancianos, o si ellos estudiaron alguna carrera y no les interesa mantener el huerto, éste llega a una etapa madura donde sólo hay árboles viejos y pocas plantas de renuevo. También hay huertos que duran varias generaciones, hasta que el terreno se fragmenta, se vende, se abandona o hay un cambio en el uso de la tierra, como es el caso de la construcción de varias casas a costa del derribo de la arboleda.

Por otro lado, si la cabeza de la familia decide que hay que vender alguna especie en particular y encuentra mercado para ello, entonces la diversidad del huerto tenderá a disminuir para aumentar la



cantidad de plantas o animales con nuevo valor comercial, surgiendo así, huertos naranjeros, o plataneros, por ejemplo.

Un huerto muestra una amplia infraestructura que, dependiendo de la zona y de aspectos culturales, puede estar integrada por la casa habitación; la cocina y tal vez otras habitaciones; una o más áreas de plantas cultivadas; corrales e instalaciones para animales; fuente de agua (pozo, arroyo, toma de agua); área de lavado de ropa y trastes; área de aseo personal; almacén de granos; bodega para herramientas, costales, cuerdas, madera, láminas, artes de pesca; área de esparcimiento; área de trabajo para desgrane, elaboración de artesanías, secado de granos u otros productos, como copra o pimienta; área de quemado o enterrado de basura; cruces o capillas.

En síntesis, el huerto familiar está formado por un componente humano que es la familia que lo concibe, maneja, cosecha, conserva y vive en él; un componente vegetal formado por plantas herbáceas, arbustivas y arbóreas cultivadas; un componente animal integrado por fauna doméstica y silvestre; infraestructura física y los componentes físico bióticos del ambiente. Esta visión hace que pueda ser analizado como un auténtico agroecosistema.

### Un completo agroecosistema

Este agroecosistema, casi siempre atendido por la madre de familia y los hijos –con apoyo del padre y los hijos mayores en los trabajos más rudos–, mide regularmente entre unos 400 m<sup>2</sup> y 2,500 m<sup>2</sup>, aunque puede ser mayor. Cuando se ha abordado con cuidadosas mediciones en el tiempo y en el espacio, se ha encontrado que es de los agroecosistemas más sustentables que existen en el planeta; tiene altos valores en estabilidad, diversidad y adaptabilidad. Asimismo, al evaluar la autonomía alimentaria campesina, el huerto es uno de los sistemas que más colaboran en ella.

En realidad es un laboratorio empírico vivo de selección y domesticación perma-

nente de plantas y animales; es un banco dinámico de germoplasma animal, vegetal, fúngico y microbiológico; es un medio donde coexiste una alta diversidad de especies vegetales y animales que producen múltiples satisfactores a la familia, y funciona también como un conector de los corredores de vegetación y fauna silvestres.

También es un medio para asegurar un auto abasto mínimo a lo largo del año, además de que puede generar ahorros o acrecentar los recursos económicos por la inversión en productos de valor de uso, transformados a bienes con valor de cambio, sobre todo en fauna domesticada. Finalmente, es un espacio de habitación, protección ambiental, trabajo, recreación, prestigio y reproducción cultural y biológica de la familia campesina.

Además, se pueden apreciar un número importante de instrumentos de trabajo: machetes rectos y curvos como la coa maya o el huíngaro de la huasteca, desgranadoras y despulpadoras, azadones, palas, picos, cava hoyos, limas y piedras para afilar, cubetas, costales, cuerdas, varas largas para cosechar frutos con diferentes implementos en la punta, jaulas, trampas, escopetas y resorteras.

Cabe mencionar que este agroecosistema es un espacio ritual importante, donde se celebran un conjunto de ceremonias de protección y agradecimiento, así como prácticas propias de la religiosidad maya-cristiana dedicadas a la casa-habitación, a la "madre tierra", a las meliponas o abejas sin aguijón, a la cacería, a la milpa, a la gente que los habita y a los "dueños" o señores míticos, incluyendo a los santos cristianos.

### Cantidad de huertos en México

Los huertos familiares tienden a desaparecer en tierras desérticas y semidesérticas. Para el caso del sureste del país, donde los huertos familiares son más constantes, es factible hacer un cálculo consistente en el 95% de las unidades familiares rurales, de tal modo que sumando la población ru-

ral de Yucatán, Campeche, Quintana Roo, Tabasco y Chiapas, la cifra sería de unos 850,000 huertos familiares. Si agregamos Veracruz y Oaxaca, el número bien podría incrementarse a 2,200,000.

Si estos números los multiplicamos por una superficie media estimada de 600 m<sup>2</sup> (20 x 30 metros), la superficie de huertos familiares del sureste de México sería de 51,000 hectáreas para el primer caso y de 132,000 hectáreas para el segundo caso. Si la superficie media estimada se fuera a 50x50 metros (2,500 m<sup>2</sup>), las superficies estimadas se incrementarían a 212,500 hectáreas y 550,000 hectáreas.

Estas superficies estimadas sólo serían superadas por las asignadas al maíz y a pastizales. A pesar de su importancia, la complejidad de estos huertos ha mantenido alejados a los profesionistas formados de manera unidisciplinaria. Los primeros estudios sobre huertos familiares en México datan de la década de 1970, y la mayoría de los intentos gubernamentales para impactar en ellos no han tenido éxito.

La mejor manera de incidir no es otorgando apoyo económico ni en insumos, sino fomentando la capacitación y autogestión, por ejemplo, para que las mujeres fortalezcan el intercambiando de conocimientos sobre plantas y animales, recetas para preparar los productos del huerto –para consumo familiar o para darles valor agregado–, mejoramiento de técnicas de manejo, adopción de nuevas formas de ahorro y generación de formas de organización para crear o aprovechar redes de comercialización. ☞



Ramón Mariaca es investigador del Área de Sistemas de Producción Alternativos, ECOSUR San Cristóbal (rmariaca@ecosur.mx).